

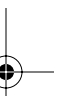
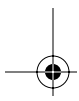


...que se veía como si tu vida fuera una película»

Carmen de Urioste

—Inés, ¿por qué me estás acariciando los ojos? Ya casi no me dejas ver. Espera, aunque sea un momento. Mira, aquí vengo con mi vestido blanco y azul de puntos, de la mano de papá y mamá. Mamá está muy guapa, pero papá está irreconocible de tan joven, ¡papá con el pelo negro! En fin, aquí vamos los tres como siempre camino del cine, atravesando el parque con quiosco y plátanos. La película se titula *Luz que agoniza* y está interpretada por Ingrid Bergman y Charles Boyer y yo siento un deseo infinito de verla. Mientras mi hermana Rosa sigue jugando con su disfraz de enfermera, me parece oír a mamá decir que es una película de misterio y que hoy es el último día que la proyectan, ¡no me la quiero perder, aunque creo que mamá y papá ya la han visto! Empiezo a sentir el frío del aire acondicionado del cine, pero no importa, me acurruco entre los brazos de papá—a esta película me han dejado entrar sin pagar—y tranquilamente me hago pipí. La película dura tanto que, cuando salimos de la sala, yo voy vestida de primera comunión. Hace un día terrible y me piso el bajo del vestido y me caigo por las escaleras, ¡qué sensación más extraña, no me duele nada y, sin embargo, he bajado de un golpe varios tramos! Mamá, como tú ahora Inés, me acaricia la cara y me dice que me quiere, igual que tú—siempre he dicho que tú te parecías a mamá hasta en la forma de hablar—, que me querrá siempre y que no me olvidará nunca, que con este vestido blanco parezco un ángel y que he sido una buena hija o una buena madre, no sé, no oigo bien.

—Inés, hazme un favor, deja de besarme las manos y ayúdame con el pie que se me ha quedado en una posición muy dolorosa después de caerme de la bicicleta. ¡Qué dolor más grande! Con cuidado Andrés, me duele mucho. ¡Que me duele mucho! ¿No te das cuenta que se me ha quedado sin circulación del rato que lleva paralizado entre los radios de la bici? Encima te pones a llorar, Andrés, si a la que le duele el pie es a mí. Mira que cara te has puesto de tanto llorar y eso que mamá no nos va reñir porque mamá hace tiempo que no viene a las excursiones con nosotros. Andrés, si no dejas de llorar ahora mismo, José María—que acaba de llegar—te va a llamar maricón. «¡Maricón, maricón, maricón! Hasta tu hermana es más fuerte que tú, ponle el pie bien de una vez y vámonos a la universidad que llegamos tarde al examen de Filosofía». Para el examen de Ética me pongo una minifalda escandalosa y un gran escote, porque sé que José María se va a sentar a mi lado para apuntarme de manera susurrante todas los métodos y que después se va a cobrar sus conocimientos metiéndome mano por el escote. Me río de él porque cuando murmura las





doctrinas parece un cura, pone una cara de cura total, recitando no sé qué réquiem. Sin embargo, después acepto cuando me convida a tomar una tapa para comentar el examen y el vino se me derrama todo de la vergüenza que siento y no puedo tragar ni el trocito de pan que me ofrece para que se me pase el desconcierto. Luis, Antonio, Paco que me invitan por teléfono a salir y a reunirme con ellos en los sitios más alejados, que me prometen el cielo, la luna, la eternidad...Paco. Paco que me pide en matrimonio y al que yo me atrevo a rechazar, porque, aunque llevamos casi dos años de noviazgo formal y ya hemos terminado la carrera y yo tengo un buen trabajo—él no—, yo hace tres meses y medio que me acuesto con Fali, o sea, con Rafael. Llego a su casa y lo primero que hace es desnudarme, me gusta que Fali me toque, me bese, me diga que tengo la piel de porcelana, que me lave con una esponja por delante, por detrás, que me ponga perfume detrás de las orejas y en las muñecas, y que hasta incluso me peine: despacio, muy despacio, porque tengo el pelo enredado de estar tantos días en la cama con él, sin él. Después vuelve a vestirme con esas ropas que él guarda en su armario sólo para mí: el vestido negro de crepé que me regaló la primera vez que fuimos a la ópera. El y yo entrando en el palco, él y yo sentados escuchando una música que él denomina orgiástica, aunque después cambia de adjetivo y la proclame, más ajustadamente, gloriosa. Ya pasó la música, la orgía, y empieza a dolerme aquí abajo porque tú, mi nena, mi adorada Inés, estás naciendo. Yo te llevo de inmediato a la escuela: la «m» con la «u», «mu», la «t» con la «e», «te». Pero pronto cambias de ritmo y te acompaño a matricularte en la universidad porque mi nena estudia leyes: compraventa, tasaciones y herencias. Estos son los asuntos que atiende Inés en el bufete. Algunas veces acompaño a Inés a la corte y al entrar nos recibe un doctor que suele examinarme muy atento y que cuando termina me dice que tengo que tener paciencia, al mismo tiempo que firma algunas recetas que tú dejas encima de la mesilla de noche. Todavía me duele la cicatriz de tu nacimiento aunque el doctor dice que me estirpó todo el tumor y hasta que no pasen cinco años todavía puede haber complicaciones.

—Inés, buenas noches, un beso de despedida antes de apagar la lámpara: “Esta noche creo que voy a soñar con mi madre que antes de morir me dijo que su madre le había dicho...”